

Special Issue:
Understanding Latin America and the Caribbean:
Current and Upcoming Developments

Exploration | Exploración

Identidad étnica, modernidad y desarrollo en América Latina:
Nuevas miradas sobre viejos temas

Víctor Bretón Solo de Zaldívar
Universidad de Lleida

Abstract: Ethnic identity, modernity and development in Latin America: New perspectives on old issues

The study of the relations of domination exercised over Indigenous peoples, as well as their responses to these strategies, has been a classic theme of Latin American studies. In this article, I want to explore the possibilities this theme offers by tracing the historical interweaving of two vectors that have helped shape the meanings and signifiers of Indigenous collective identities. These are the modernity-development tandem (modernity understood as a trans-secular process and development as its contemporary derivative), and ethnicity as a political platform that forms a significant component of the strategies of the subaltern sectors. *Keywords:* Modernity, development, ethnic identity, Indigenous peoples, Latin America.

Resumen

El estudio de las relaciones de dominación ejercidas sobre los pueblos indígenas, así como el de las respuestas de estos desplegadas frente a ellas, ha sido un ámbito temático clásico de los estudios latinoamericanos. En esta exploración, se quieren sondear las posibilidades que brinda su abordaje desde el prisma del entrecruzamiento histórico de dos vectores que han coadyuvado a moldear los significados y significantes de sus identidades colectivas: el tándem modernidad-desarrollo (la modernidad entendida como proceso transecular y el desarrollo como su derivada contemporánea), y la etnicidad como constructo articulador de buena parte de las estrategias de los sectores subalternos. *Palabras clave:* Modernidad, desarrollo, identidad étnica, pueblos indígenas, América Latina.

Introducción

El tema étnico en América Latina y, particularmente, su cristalización en plataformas organizativas devenidas en actores sociopolíticos importantes, ganó un espacio remarcable en las ciencias sociales a partir de su gran eclosión desde la década de 1980 en adelante. Una irrupción, sin duda, espoleada por el protagonismo que los movimientos indianistas y afrodescendientes alcanzaron en escenarios como, entre otros, los del Pacífico colombiano, el nordeste brasileño, el México chiapaneco de la insurrección neozapatista, la Guatemala postbélica, el Ecuador de los levantamientos indígenas, la refundación plurinacional de la República de Bolivia, o la identificación de las demandas de los pueblos amazónicos (en Brasil, pero también en Colombia, Perú, Ecuador y Bolivia) con la causa ambientalista en un contexto de crisis climática global. Esa coyuntura marcó un partearguas en el que, en buena medida, la agenda de antropólogos, sociólogos, geógrafos y politólogos centró su interés en ofrecer explicaciones sobre ese aparente renacimiento de la “cuestión étnica” que sacudió a la región de punta a punta. Más allá de sus logros y limitaciones, de sus procesos de crisis y resurgimiento, o del aura de “ancestrabilidad” con que a menudo se presentan dichos movimientos, lo cierto es que asistimos a formas de interpretar y encarnar la etnoidentidad estrechamente vinculadas con los contextos (sociales, políticos, locales, regionales y globales) en los que se inscriben. Contextos históricos substantivos, en suma, que obedecen a procesos de larga duración que se retrotraen hasta el mismo inicio de la modernidad.

Muchos de los estudios disponibles, sin embargo, abordan el fenómeno de las plataformas identitarias con una profundidad histórica limitada. Se ha señalado acertadamente su relación, a modo de respuesta, con el colapso de los modelos desarrollistas del siglo pasado y la generalización de ajustes de alto costo social durante las décadas finiseculares (Yashar, 2005; Veltmeyer, 2018). Se los ha vinculado, también, con la oleada etnicista que recorre el mundo – desde los nortes hasta los sures globales y viceversa – ante las incertidumbres que plantean las consecuencias del avance de la globalización neoliberal en plena revolución digital (Brysk, 2009). Necesitamos, sin embargo, miradas renovadas que enlacen los avances de la investigación en clave actual con el trabajo de historiadores y filósofos que, mayoritariamente y salvo notorias excepciones, transcurren por andaríveles paralelos. El objeto de esta exploración es sugerir la pertinencia de una línea analítica abarcativa de esa dimensión transecular de las identidades sociales – en el caso que nos ocupa, las de carácter etnocultural – a fin de sondear algunos de los desafíos y oportunidades que puede plantear. No debe tratarse de buscar matrices identitarias inmanentes – eso sería un ejercicio falaz de esencialismo epistémico – sino de develar el carácter dúctil, permeable y contingente de unas categorías clasificatorias de representación y autorrepresentación, destiladas de relaciones de poder (también cambiantes) modeladas en el transcurso del devenir histórico.

En esta línea argumental, parece pertinente repensar la articulación, con sus persistencias y disrupciones, de los procesos emanados del entrecruzamiento de dos grandes vectores que han interactuado – e interactúan, hasta hoy – modelando las subjetividades e identidades colectivas en América Latina: la modernidad como transcurso histórico y el desarrollo en tanto su vástago contemporáneo (el tándem modernidad-desarrollo), y la etnicidad como constructo maleable y a menudo continente de las estrategias de reproducción de los diferentes grupos sociales. El centro de atención propuesto en esta indagación son los colectivos secularmente subalternizados (y ese es su hilo conductor), con base en criterios – siempre arbitrarios y volubles, con frecuencia de carácter etnorracial – relacionados con su condición de alteridad respecto a los sectores en cada contexto que ejercen la dominación¹. Tratándose, a trazo grueso, aunque no sólo, de contingentes indígenas y afrodescendientes, la trayectoria investigadora del autor ha aconsejado centrar la reflexión en el primero de esos mundos.

Como es bien sabido, según el contexto y el momento histórico, las clasificaciones hegemónicas de esas poblaciones-otras han adoptado la forma de unos discursos y unas prácticas basados en la noción de “castas” (Zúñiga, 2021), han racializado como “inferior” su condición subalterna (Graham, 1990), han ensayado su invisibilización en nombre de la “igualación ciudadana” (Guerrero, 2010), han sancionado su “tutela” a tenor de su supuesta “incapacidad civil relativa” (Pacheco de Oliveira, 1988; Souza Lima, 2015) o han “economizado” su naturaleza bajo la etiqueta de “pobres” u “hogares con necesidades básicas insatisfechas” (Fine, 2001). Debemos interpelarnos, con base en ello, sobre la naturaleza mudable y las formas también cambiantes de la intermediación (simétrica o asimétrica, horizontal o vertical, según el caso y el momento) entre grupos diversos, en tanto que resultantes del interés histórico entre modernidad-desarrollo e identidad étnica.

Modernidad, modernidades y desarrollo

Bolívar Echeverría (2000, p. 144) entiende la modernidad como un dilatado proceso “de totalización civilizatoria que comienza a prevalecer en la sociedad europea en el siglo XVI”. Su fundamento vendría de mucho atrás, y parecería ir tomando forma “en la consolidación indetenible – primero lenta, en la Edad Media, después acelerada, a partir del siglo XVI, e incluso explosiva, de la Revolución Industrial hasta nuestros días – de un cambio tecnológico que afecta a la raíz misma de las múltiples ‘civilizaciones materiales’ del ser humano a todo lo ancho del planeta” (2000, pp. 144-145). De tal manera que, en términos generales, la modernidad deviene en la característica concluyente de una amalgama de comportamientos que van permeando el conjunto de la vida social y que el entendimiento común percibe como discontinuos, cuando no contrapuestos, a la constitución precedente de esa vida, a la que ella misma denigra como “tradicional” (2022, p. 18).

Desde posicionamientos decoloniales, sin embargo, se ha señalado el eurocentrismo achacable a la alusión al Medioevo europeo como principal (aunque no único) humus condensador de las condiciones propicias para la posterior emergencia de la modernidad, siguiendo la estela que en su día formulara Max Weber. Enrique Dussel señala, en ese sentido, que fue la conquista y colonización de América (y no su presunta superioridad tecnocientífica ni sus raíces helenísticas) el evento que dotó a Europa de una ventaja comparativa en relación con los mundos otomano-musulmanes y asiáticos, constituyendo así el acontecimiento genuinamente fundador de la modernidad². Eso implica que América, y particularmente la macrorregión continental que hoy conocemos como América Latina (Mignolo, 2007), es parte constitutiva de la misma en tanto se conformó (y fue construida) como la primera periferia de Europa. Ese evento violento, traumático, complejo y creativo – todo a la vez – posibilitó que la península Ibérica fuera el centro del nuevo sistema-mundo en ciernes (Wallerstein, 1979). Tal condición se desplazó más tarde, del siglo xvii en adelante, “hacia el norte, con Ámsterdam [a la cabeza], y después se localizó en Londres, en Edimburgo y, por último, va a pasar, tras la Segunda Guerra Mundial, a New York” (Dussel, 2024, p. 131).

Siguiendo con estos razonamientos, concibo la modernidad como el transcurso secular, abigarrado y no lineal de un conjunto de modos de percibir, subjetivizar, clasificar y moralizar – las diferentes modernidades realmente existentes, en tiempos y espacios disímiles, articulados, superpuestos, paralelos o confrontados –, producto y estímulo simultáneo de las transformaciones que en los órdenes materiales de la vida fueron cristalizando desde el siglo XVI, sin solución de continuidad. Tal proceso se proyectó, con epicentro en ese universo euroamericano, desde el barroco – la primera cultura performática y de masas indiscutiblemente moderna (Maravall, 2012) –, hasta la etapa del optimismo tecnológico de las revoluciones científicas (Passmore, 1974) para encarnarse, después, en las prácticas discursivas dominantes del auge y apogeo del mundo globalizado contemporáneo. Me refiero entonces a un fenómeno de orden cultural que ha engendrado continuas formas de materializarse, cada una de ellas asociada al dominio de un ethos particular (Echeverría, 2022), que responden, sucesivamente, a distintas maneras de encarar e incardinar las etapas del desenvolvimiento del sistema.

América Latina constituye un campo de reflexión extraordinario para repensar las implicaciones que la modernidad acarreo sobre las formaciones sociales de la región en tanto proceso moldeador de las identidades colectivas e individuales. De entrada, por ser el escenario donde tuvo lugar la primera mundialización – la ibérica (Gruzinski, 2015) –, sobre el cual se articularon las nacientes tecnologías de gobierno de poblaciones de alcance intercontinental (con voluntad explícitamente universal). En segundo lugar, porque brinda una perspectiva transecular que facilita identificar la sucesión, la articulación y el encabalgamiento, a menudo conflictivos, de los diferentes modelos de modernidad y sus ethos correspondientes (barroco, ilustrado, positivista, nacional-desarrollista,

neoliberal e incluso postmoderno). Esos *ethos*, finalmente, en tanto valores compartidos y pautas de comportamiento desplegadas en respuesta a la evolución cambiante de la propia modernidad, constituyen en sí mismos los espacios cognitivos en los que interactúan dialécticamente los diferentes actores (individuales o colectivos) de las realidades empíricas latinoamericanas, cristalizando en relaciones de fuerza, poder y dominación-subalternización de unos en detrimento de otros.

Desde la década de 1950, los imaginarios de modernidad están atravesados por la noción contemporánea de desarrollo (Escobar, 2014), integrándose en una suerte de meta-utopía civilizatoria en el sentido de un marco cognoscitivo que envuelve, encasilla (y limita) las miradas y las expectativas a futuro de prácticamente todo el mundo. Se trata de una idea poderosa que, en el ámbito del cambio social, suele traducirse en el tránsito deseado de una situación de partida (comúnmente tildada de “tradicional”, “premoderna” o “subdesarrollada”) a otra “desarrollada” (y, por lo tanto, plenamente “moderna”), percibida, en base a una serie de variables cuantificables, como mejor que la anterior. El poder de esa meta-utopía radica en su naturaleza de práctica discursiva (Foucault, 2002) y en su carácter de creencia quasi religiosa (Rist, 2003): el imperativo moral de que, en términos de derechos y acceso a recursos, todos pueden llegar a desarrollarse, con sus especificidades, a través del despliegue de un conjunto de estrategias a veces contrapuestas las unas con las otras (desde las ancladas en patrones keynesianos hasta las neoliberales, pasando por experiencias diversas de corte radical-revolucionario).

El discurso del desarrollo, además, posiciona a los actores y grupos sociales con base en sus propios criterios clasificatorios en uno de los dos lados de la frontera binaria desarrollo-subdesarrollo, real y ficticia a la vez, y condiciona las relaciones entre los distintos colectivos ubicados allende sus bordes. Ha devenido, en consecuencia, en marco propicio para la articulación de diferentes regímenes de gobierno de poblaciones-otras que discurren a lo largo de una amplia gama que va, en los ámbitos que atañen a los pueblos indígenas, desde sistemas eminentemente públicos de tipo tutela (los propios del indigenismo integracionista como política de Estado en las décadas del nacional-desarrollismo clásico³) hasta otros delegativos, en la era del multiculturalismo, en que las agencias privadas (organizaciones no gubernamentales, ONG) y multilaterales de desarrollo van a asumir un rol protagónico. Esa etapa corresponde a la hegemonía neoliberal, con sus cíclicos y reiterados ajustes de alto coste social. En lo que al manejo de la diversidad etno-cultural se refiere, ha comportado una agenda propia (Assies, 2000) concretada en la privatización de las políticas dirigidas a pueblos y nacionalidades indígenas (eclosión de ONG indianistas y ambientalistas); la segmentación de los paradigmas y los enfoques de intervención; así como la construcción ad hoc de un tejido asociativo nativo capaz de interlocutar con las múltiples instancias de ese aparato del desarrollo fragmentado (Bretón, 2022; Barroso, 2009): el establecimiento, en suma, de un nuevo sistema de administración de poblaciones en el que, a menudo, la ventriloquía política viene de unos

dirigentes indígenas que tienen que jugar en el juego global y presentarse ante sus donadores y colaboradores de las ONG como si de verdaderos “indios hiper-reales” se tratara (Ramos, 1992).

Tal fenómeno deriva de la asunción activa, por parte de esos colectivos, de su propia proyección en la arena pública, en nombre del empoderamiento y del etnodesarrollo, lo que genera un elenco de sinergias de mediación, interlocución, organización y agencia política. Una vez más, la incidencia de todo ello en los mecanismos e imaginarios de representación y autorrepresentación, de subjetivación y percepción de la alteridad, ha sido enorme, como siempre fue en el trascurso de la modernidad como proceso de larga duración y de sus concreciones en las modernidades sucesivas que van, insisto en ello, desde el *ethos* barroco de la primera mundialización hasta los *ethos* inherentes a las lógicas de unos mercados globales en los que la ancestrabilidad y la autenticidad de lo étnico cotizan al alza (Comaroff & Comaroff, 2011).

Identidad, identidades y estrategias

Frente a los enfoques esencialistas, y en base a lo argumentado hasta aquí, mi reflexión se posiciona desde una visión construccionista de las identidades colectivas: en concreto, su consideración, no como entidades estáticas e inmutables, sino como construcciones colectivas que, fundamentadas en un conjunto variable de indicadores distintivos (idealizaciones del pasado, mitos, símbolos y toda clase de artefactos culturales), se articulan “en situaciones de contraste y/o confrontación con otros grupos de sus diferencias socio-culturales” (Pujadas, 1993, p. 12). Tales elaboraciones pueden encerrar un enorme potencial estratégico en términos de “cohesión, continuidad y legitimidad” (Baud et al., 1996, p. 23) de un determinado proyecto sociopolítico (García, 2008) que, por supuesto, no tiene por qué ser homogéneo ni estar nítidamente perfilado al interior del grupo.

A lo largo del proceso transecular de desenvolvimiento de la modernidad, las modernidades substantivas existentes han emergido como expresiones de (y, al tiempo, soportes de) distintos sistemas de gobierno de poblaciones. Estos, a su vez, han estimulado múltiples respuestas desde abajo – ese es el prisma que quiero priorizar – que, en el caso de los universos indígenas, han pasado por modelaciones de las identidades de fuerte dimensión estratégica. El entrelazamiento frecuente de elementos de rango-jerarquía y género con indicadores étnicos en escenarios fuertemente heterogéneos⁴, o el tránsito del énfasis en criterios estamental-clasistas (del tipo “campesinado”, por ejemplo) a otros de corte identitario (indianista), no son más que algunas de las muestras de ese enorme elenco de modalidades que una mirada comparativa de larga duración permite discernir. En todos esos casos, el rol de los mediadores – desde caciques coloniales hasta maestros bilingües, funcionarios nativos del aparato indigenista estatal o técnicos de ONG y agencias de desarrollo – resulta de un interés analítico clave para entender la naturaleza de cada modelo de gobierno de la alteridad en

contextos inequitativos y de tendencia segregacionista como los latinoamericanos, así como la persistencia histórica de mestizajes, hibridaciones y todo tipo de cruces y etnogénesis.

En este punto es importante subrayar el abordaje de la dimensión práctica de la identidad étnica dentro del elenco de estrategias de producción y reproducción desplegadas por las economías populares. Parecería, a simple vista, que hay cierto solapamiento entre esa noción (economías populares) y la de los sectores subalternos. En este sentido, parece acertado el uso que Rabossi y Tassi (2023, p. 32) sugieren de la primera como una categoría descriptiva “de las prácticas económicas de los sectores populares, sectores definidos de forma relacional a los grupos dominantes, que en el caso de América Latina se entrelaza con las distinciones étnico-raciales que constituyeron históricamente las topografías del poder en nuestras sociedades”. De ahí la pertinencia de tratar de comprender las dinámicas del sistema-mundo desde abajo, entendiendo que tales economías populares nunca han sido (ni son) reservorios de resistencias immanentes per se (Viola 2008), ni necesariamente un elemento funcional desde el punto de vista de los intereses hegemónicos en cada momento. A mi modo de ver, si es posible plantear, como hacen Rabossi y Tassi, la conveniencia de una teoría etnográfica de la globalización contemporánea, también puede ser factible pensarla en términos abarcativos de la(s) modernidad(es) en tanto proceso histórico, enfatizando el abanico de tácticas ensayadas en cada momento por las economías populares. Esta propuesta subraya el potencial de la exploración comparativa del papel cambiante – en forma, función y fondo – que los cruces entre etnicidad e identidad (no siempre ni necesariamente cristalizados en identidad étnica) han desempeñado en los cócteles de estrategias⁵ sucesivamente implementados por los pueblos indígenas.

Reflexión final, a modo de invitación

La fiebre etnicista que recorre el mundo ha llevado a la asunción acrítica, hoy en día, de unos esquemas interpretativos en los que, a nivel social, suele configurarse lo étnico como el elemento determinante, causa y efecto a la vez, de la naturaleza inherente a cada colectivo autodefinido y percibido como otro-diferente. En esta exploración, por el contrario, me adhiero a los enfoques que consideran la identidad étnica (sus formas de subjetivación y sus prácticas discursivas) estrechamente relacionada con los contextos coyunturales y estructurales en los que emerge, discurre y se transforma. En el caso de los pueblos indígenas, siempre fue así, al menos desde que su propia clasificación como “indios” los ubicó como constructo fundacional de la modernidad euroamericana, quinientos años atrás. Vale la pena apostar, en este sentido, por el fomento de miradas trans e interdisciplinarias que permitan abarcar, en toda su complejidad, la dimensión dilatada, discontinua, porosa y de intensidades variables de las etno-identidades. Eso implica la creación de espacios de diálogo, intercambio y comparación entre campos expertos que irían, entre otros, de la etnohistoria y las historias

(económicas, sociales, de las mentalidades, del pensamiento) hasta la antropología y la sociología contemporáneas.

Resulta muy estimulante tomar como prisma analítico la interconexión dialéctica entre la modernidad y la identidad. La modernidad, en tanto proceso histórico de orden cultural, traducido en sucesivos esquemas de subjetivación, percepción, ordenamiento y cristalización de las relaciones sociales – de las maneras de “estar en el mundo”, en definitiva – que constituyen los marcos referenciales de las identidades sociales. La identidad étnica, a su vez, como constructo multidimensional de gran versatilidad estratégica que amerita ser aprehendida, más allá de sus conspicuos vínculos con la era del desarrollo, en clave histórica desde el mismo nacimiento traumático de la modernidad. Focalizar en el potencial estratégico de las etno-identidades y sus procesos de subjetivación y socialización implica centrar la atención en las relaciones de los pueblos indígenas con el Estado (colonial, republicano liberal, nacional-desarrollista o neoliberal) y con otros agentes de intervención, así como en las tácticas desplegadas por todos los actores en los diferentes juegos de dominación, resistencia o consentimiento. Implica también abordar la construcción y el desempeño de sistemas de gobierno y de tutela de poblaciones-otras desde una perspectiva procesual, tomando en cuenta las dialécticas que se establecen entre esos dispositivos y las tácticas desplegadas desde abajo, así como el rol desempeñado en todo ese haz de relaciones por los dirigentes-mediadores étnicos. De ahí la pertinencia de una agenda de investigación que, revisitando las contribuciones anteriores de ámbitos disciplinarios afines, incida sobre la dinámica de las relaciones sociales de arriba-abajo, de abajo-arriba y entre iguales; poniendo el acento en la construcción de lenguajes comunes (Roseberry, 1994) articuladores de las estrategias de dominación, de contrapoder y, dependiendo del caso y el momento, de hegemonía o resistencia.

Ello nos ubica, finalmente, ante el necesario debate público sobre la representación: ¿Quién habla en nombre de quiénes? ¿Cómo han encarnado, en cada momento, los roles de intermediación bajo las lógicas cambiantes (o no tanto) de los sucesivos regímenes de gobernabilidad de la pluralidad? ¿Qué elementos de continuidad, discontinuidad o etnogénesis anidan en los repertorios reivindicativos y de pertenencia elaborados por las plataformas étnicas contemporáneas en relación con el pasado secular de los colectivos que representan? ¿Qué nos enseña la historia y hacia dónde conduce la terca y permanente resignificación de los marcadores de diferencias identitarias solapadas sobre realidades de creciente inequidad en el acceso a recursos y a derechos efectivos?

* * *

Víctor Bretón Solo de Zaldívar es catedrático de Antropología Social en la Universitat de Lleida. Especialista en teorías del desarrollo, economías campesinas y movimientos étnicos en América Latina, en particular en la región andina.

Dirección: Universidad de Lleida, Plaça Víctor Siurana, 1, 25003, Lleida, España.
Correo electrónico: victor.breton@udl.cat

Notas

- 1 Me refiero a marcadores tales como las formas de vestir, los usos y costumbres, el manejo de lenguas vernáculas o, en el siglo XIX, elementos de orden racial, sustituidos en el XX por nociones culturalistas más o menos deterministas.
- 2 Dussel (2024) destaca el lugar central que ocupaba China (junto al subcontinente Indio) hasta el siglo xvi en cuanto a saberes técnicos (incluyendo el cartográfico) y centros productores de especias, así como el carácter periférico y provinciano de esa Europa que, cercada al sur y al oriente por el mundo musulmán, no tenía más opción que arriesgarse hacia el Atlántico en busca de vías de acceso a Asia, verdadero objeto de deseo por parte de los europeos. Fue esa circunstancia la que permitió que fueran los ibéricos quienes se toparan, sin siquiera sospecharlo, con esa cuarta parte del mundo a la que bautizaron como América.
- 3 Modelos conocidos en la literatura especializada como cepalinos, en tanto deudores de los planteamientos teóricos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Aquí encontramos toda la pléyade de institutos indigenistas estatales que, en mayor o menor coordinación con el Instituto Indigenista Interamericano (fundado en México en 1940) trataron de canalizar las políticas públicas orientadas a esos colectivos (Giraud & Sánchez, 2011). La historia del indigenismo como praxis estatal pro-integracionista arranca de mucho atrás en países emblemáticos como México y Brasil, pioneros en esta materia desde el primer tercio del siglo xx.
- 4 Tales como los numerosos tipos de autoridad constatados históricamente al ínterin de los pueblos originarios, siempre atravesados por distinciones sexo-genéricas.
- 5 Tomo esa noción de Gascón (2025) cuando se refiere a “cóctel de pluriactividad” para referirse al universo estratégico de las comunidades indígena-campesinas andinas del presente etnográfico.

Referencias

- Assies, W. (2000). Indigenous peoples and reform of the State in Latin America. W. Assies, G. van der Haar, A. J. Hoekema (eds) *The Challenge of Diversity. Indigenous Peoples and Reform of the State in Latin America*. Amsterdam: Thela Thesis, 3–21.
- Barroso, M. (2009). Mapeamentos participativos e atores transnacionais: a formação de identidades políticas para além do Estado e dos grupos étnicos. H. Acselrad (ed.) *Cartografia social e dinâmicas territoriais: marcos para o debate*. Rio de Janeiro: IPPUR/UFRJ, 47–80.
- Baud, M., Koonings, K., Oostindie, G., Ouweneel, A., & Silva, P. (1996). *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*. Quito: Abya-Yala.
- Brysk, A. (2009). *De la tribu a la aldea global. Derechos de los pueblos indígenas, redes transnacionales y relaciones internacionales en América Latina*. Barcelona: Bellaterra.
- Bretón, V. (2022). *Indianidad evanescente en los Andes de Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Comaroff, J. L. & Comaroff, J. (2011). *Etnicidad S.A.* Buenos Aires: Kantz Editores.
- Dussel, E. (2024). *Al otro lado de la modernidad. Ensayos sobre filosofía de la Historia*. Barcelona: Bellaterra.
- Echeverría, B. (2000). *La modernidad de lo barroco*. México: Ediciones Era.

- _____. (2022). *Consideraciones sobre la modernidad americana*. Quito: Curiquingue.
- Escobar, A. (2014). *La invención del desarrollo*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Fine, B. (2001). Neither the Washington nor the post-Washington consensus: An Introduction. B. Fine, C. Lapavistas, J. Pincus (eds.), *Development Policy in the Twenty-first Century*. Londres: Routledge, 1–27.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Gascón, J. (2025). *¿Para qué sirve la tierra? Nuevos campesinos pluriactivos en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Giraud, L. & J. M. Sánchez (eds.) (2011). *La ambivalente historia del indigenismo: campo interamericano y trayectorias nacionales, 1940-1970*. Lima: IEP.
- Graham, R. (ed.) (1990). *The Idea of Race in Latin America*. Austin: University of Texas Press.
- Gruzinski, S. (2015). *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García, F. (2008). *Identidades, etnicidad y racismo en América Latina*. Quito: FLACSO.
- Guerrero, A. (2010). *Administración de poblaciones, ventriloquía y transescritura*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / FLACSO Ecuador.
- Maravall, J. A. (2012). *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Ariel.
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa.
- Pacheco de Oliveira, J. (1988). “O nosso governo”: os Ticuna e o regime tutelar. São Paulo, Brasília: Marco Zero/CNPq.
- Passmore, J. (1974). *La responsabilidad del hombre frente a la naturaleza*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pujadas, J. J. (1993). *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*. Madrid: Eudema.
- Rabossi, F. & Tassi, N. (2023). *Globalización popular en América Latina: por una teoría etnográfica*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.
- Ramos, A. (1992). The hyperreal Indian, *Critique of Anthropology* 14(2), 153–171. <https://doi.org/10.1177/0308275X9401400203>
- Rist, G. (2003). *El Desarrollo: Historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata.
- Roseberry, W. (1994). Hegemony and the Language of Contention. J. Gilbert & D. Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham: Duke University Press, 355–366.
- Souza Lima, A. C. (1995). *Um grande cerco de paz: poder tutelar, indianidade e formação de Estado no Brasil*. Petrópolis: Vozes.
- Veltmeyer, H. (2018). Resistance, class struggle and social movements in Latin America: contemporary dynamics, *The Journal of Peasant Studies* 46(6), 1264–1285. <https://doi.org/10.1080/03066150.2018.1493458>
- Viola, A. (2008). Usos y abusos del concepto de resistencia. J. Laviña & G. Orobí (eds.) *Resistencia y territorialidad. Culturas indígenas y afroamericanas*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 63–83.
- Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI.
- Yashar, D. J. (2005). *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*. New York: Cambridge.
- Zúñiga, J. P. (2021). *Casta, raza, lazo social. El lenguaje de la pertenencia en la América española, ss. XVII-XVIII*. Granada: Universidad de Granada.